



II

Biblioteca Moderna.

JACINTO BENAVENTE

NOCHES DE VERANO



MADRID

Administrador: Miguel Poveda

San Vicente, 47.

1900

NOCHES DE VERANO

BIBLIOTECA MODERNA

TOMOS PUBLICADOS

I.—A. Palacio Valdés.—**Seducción.**

II. — Jacinto Benavente. — **Noches de verano.**

EN PRENSA

III.—Juan Valera.—**Asclepigenia.**

EN PREPARACIÓN

IV. — Salvador Rueda. — **Piedras preciosas.**

Los tomos V y VI llevarán las firmas, respectivamente, de **Benito Pérez Galdós y Eugenio Sellés.**

II

Biblioteca Moderna.

JACINTO BENAVENTE y Martínez

NOCHES DE VERANO



MADRID

Imprenta y fotograbado de E Rojas

Calle de Pizarro, 16.

—

1900



NOCHES DE VERANO

—

(ESCENAS MADRILEÑAS)

Pórtico de un palacio á la moderna, adornado con plantas de invernadero, colocadas unas en grandes cubetas pintaaas de rojo con los aros dorados; otras en jardineras de bambúes y azulejos. Sillones de mimbre, de los llamados **frailes,**

mecedoras, taburetes turcos, mesitas japonesas, etc. Un globo de cristal azulado, con luz eléctrica, envuelto en una red colgante de avalorios plateados, ilumina la escena.

PERSONAJES: El Marqués de SANTA CASILDA, sesenta años. LA MARQUESA (su esposa), cincuenta y dos. La Condesa del ROBLEDAL, cuarenta y ocho. MIMI (su hija), diez y nueve. HINESTROSA, cincuenta. RAFAEL ANSÚREZ, treinta y dos. LOLA MONTERO, cuarenta y cuatro. JOSEFINA (hija de los marqueses), veintiuno. MANOLO TOMILLARES, treinta y dos.

LA MARQUESA *(ofreciendo una taza de té á Rafael Ansúrez)*,—¿Y se ha marchado mucha gente conocida esta tarde?

ANSÚREZ.—Han tenido que poner

dos máquinas. Yo he bajado á despedir á los de Arenales.

CONDESA.—¿Dónde van este año?

ANSÚREZ.—La marquesa á Cestona, el marqués á Caldas.

HINESTROSA.—¿De modo que se separa el matrimonio en Venta de Baños?

ANSÚREZ.—Ya quisieron separarse en Madrid el año pasado.

MARQUESA.—Y usted, ¿cuándo nos deja?

ANSÚREZ.—No he fijado plan. ¡Tengo tantos compromisos! Luis Cerinola me ha comprometido para su castillo de Bélgica, Ricardo Moncada para su casa de Zarauz, los Arenales para San Sebastián...

CONDESA. — Concluirá usted por cumplir con todos.

ANSÚREZ.—No tendré más reme-

dio. Supongo que nos veremos en San Sebastián; ¿irán ustedes para la gran semana?

MARQUESA.—No sé. Este verano no pienso andar de una parte á otra; es mucho trajín.

JOSEFINA.—Yo sí pienso ir á San Sebastián. No faltará quien me acompañe. Quiero divertirme mucho este verano. Si viene usted á Biarritz ya verá usted... Tenemos grandes proyectos. ¿Verdad, Mimí?

HINESTROSA.—A Francia va muy poca gente este año.

MARQUÉS.—¡Si es imposible! con los cambios... A ver si arreglan ustedes eso cuando suban, aunque no arreglen otra cosa...

HINESTROSA.—¿Subir? ¡Cualquiera sube en estas circunstancias!

MARQUÉS. - Pues se asegura que...

HINESTROSA.—No crea usted nada. Ya lo verá usted. Marzo ventoso y Abril lluvioso sacan á Mayo florido y hermoso; pues entre Marzo, que es el partido que nos gobierna, y Abril, que es el que nos quiere gobernar, sacarán floreciente como un Mayo al tercer partido. Créame usted, en política, como en el juego de pelota, los tantos de los unos son las pifias y las faltas de los contrarios... Y estamos á 15 por 49.

MARQUÉS.—Y la pelota en el tejado. Y los mirones sin tiempo de cubrirnos. Esa Bolsa da miedo, no se hace nada, nadie se atreve...

LOLA MONTERO.—Yo estoy aterrada. ¿Qué me aconsejan ustedes que haga con el interior?

HINESTROSA.—Venderlo inmediatamente. Quédese usted sólo con el exterior.

LOLA MONTERO.—Si el exterior lo vendí hace tiempo.

TOMILLARES *(á Josefina y á Mimí).*—¿Se atreverán ustedes?..

MIMÍ. —¿Nosotras? Ya lo creo. Debe dc ser muy divertido...

JOSEFINA. Antes de marcharnos ensayaremos en el Hipódromo... Será el sport de moda este verano...

CONDESA.—¿Qué diablura inventan ustedes?

JOSEFINA.—Las carreras de moda, lo último en Inglaterra.

MARQUÉS.—Alguna extravagancia. *(A Lola.)* ¿Pero usted toma el té con hielo?

LOLA MONTERO.—Y con éter *(sa-*

cando un frasquito con perlas de éter y vertiendo dos en la taza de té).

MARQUÉS.—Si abusa usted del éter, acabará usted por volverse loca...

LOLA MONTERO.—Es posible, pero es lo que me sostiene... Llevo una temporada fatal...

ANSÚREZ.—Pues sí, debe ser divertido...

JOSEFINA.—Figúrense ustedes. Las señoras van á caballo, los caballeros en burro.

LOLA MONTERO.—Me gusta ese sport por lo bien que marca la diferencia de sexos.

ANSÚREZ *(bajo á la marquesa).*—Lola no perdona á los hombres su cobardía. Su fe de soltera es una vergüenza para el sexo fuerte, como la última catástrofe de París.

JOSEFINA.—Cada señora hace la carrera... *(Los hombres se ríen.)* ¿De qué se ríen ustedes?

MARQUÉS. - Nada, hija mía, sigue... Un galicismo... Dí, cada señora corre... ¡Qué tontísimos son ustedes!

LOLA MONTERO *(bajo á Ansúrez).* —¿De qué se reían ustedes?

JOSEFINA.—Llevando de la mano á un caballero, y gana la carrera el que primero llegue á la meta sin haber soltado la mano del compañero ..

TOMILLARES. - Ocurren lances graciosísimos. ¡Figúrense ustedes un burro al paso de un caballo!...

HINESTROSA.—¡Pero eso es un sport simbólico! ¡Cuántos hombres de mérito, caballos de raza pierden la carrera ó la entorpecen por empeñarse en llevar á remolque al-

gún borrico... Y no cito ejemplos!...

MARQUÉS.—¡Qué ocurrente! Así es usted temible.

MIMÍ.—Hay que probar. Lo difícil es encontrar burros... *(A Tomillares.)* Dé usted el encargo...

MARQUÉS.—¿No se animan ustedes con una partidita de tresillo?

MARQUESA.—¡Por Dios! ¡Con este calor... Estamos muy bien hablando!... ¿Si quiere usted oir el fonógrafo?

HINESTROSA.—El juguete de moda...

(El marqués toca un batintín y acude un criado, á quien da ordenes. Poco después vuelve trayendo un fonógrafo y caja de cilindros.)

MARQUÉS.—Rafael, usted que entiende de esto... Hay cilindros curio-

sísimos... Coloque usted el último, el de los prohombres... Verán ustedes...

Fonógrafo.—Cuando España haya progresado en la ciencia, en el arte, en la industria, como las demás naciones de Europa, llegará á verse colocada al mismo nivel, sin ningún esfuerzo. .

Marqués.—¿Conocen ustedes la voz?

Hinestrosa.—Admirable... Es él...

Condesa.—Hasta los gallitos.

Fonógrafo.—...Por los buenos españoles, por los valientes soldados y por la gloria de las tropas españolas...

Marqués.—¡Un brindis del Guerra!

Ansúrez.—Pues salvo el acento, parece de uno de nuestros grandes políticos.

HINESTROSA.—Y con acento y todo... Sólo que después del brindis, viene el trasteo inteligente y la estocada superior... y los otros... no pasan del brindis...

LOLA MONTERO *(á Tomillares).*—El marqués es uno de nuestros primeros snobs. ¿Si creerá que nos divierte con el fonógrafo?... *(El fonógrafo cantu una canción francesa.)*

MARQUÉS.—¡Ivette Guilbert!... Me han mandado el cilindro de París... *(Tatareando)*... *¡Avec un cocher blanc!*.. ¡Con el mismo acento!

LOLA MONTERO.—¡Si creerá que iban á decomisar el acento en la frontera!

JOSEFINA.—Papá, déjanos de fonógrafo. Esta noche hay verbena... que enganchen el *char à bancs* y nos

vamos todos. Tengo gana de comer buñuelos.

MARQUÉS.—¡Pero niña!...

JOSEFINA.—Está decidido... Manolo guía... Vamos, Lola, Rafael...

(El marqués vuelve á llamar y da órdenes al criado.)

JOSEFINA.—A mí me encantan las verbenas...

MIMÍ.—Comeremos buñuelos en el puesto del negro... son los mejores... *(Bajo á Josefina)* ¿Te casarías tú con un negro?...

JOSEFINA.—¡Hija, por Dios!... ¿Y tú?

MIMÍ.—¿Casarme?... No...

(Todos se ponen en movimiento. Una doncella y un criado traen los sombreros y bastones de los hombres y las mantillas de encaje y las capas de

las señoras. A espaldas del palacio hay gran revolución. Cocheros y lacayos jugaban á la brisca, y la orden de enganchar inmediatamente interrumpe la partida en lo más culminante. Sin embargo, nadie protesta, y el char à bancs *está enganchado á los cinco minutos.)*

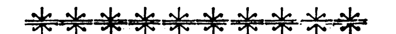
Los criados de las casas grandes no protestan nunca de una orden, por caprichosa y extravagante que sea. Se hacen solidarios del lustre de la casa, y se ufanan con el esplendor de sus señores, como los caballos bien enjaezados cuando los monta un buen jinete. *(Dato de fácil comprobación que ofrezco á los sociólogos.)*

Al trote largo de cuatro soberbios *steppers*, arranca el *char à bancs* hacia la verbena, conduciendo á los ale-

gres tertuliantes del marqués de Santa Casilda.

Y como esta noche, pasa en Madrid mucha gente las noches de verano.





NOCHES DE VERANO

—

ESCENAS MADRILEÑAS

PERSONAJES: RAMÓN. —Cuarenta y seis años, cochero, con honores de jefe de las caballerizas del duque de Cerinola. Tipo canonical, grueso, rubicundo, patillas cortas y rapadas, á lo *jockey*. Viste traje de americana, género y hechura ingleses; gran som-

brero cordobés, blanco, con cinta y ribete negros; alfiler de corbata, una esmeralda rodeada de brillantes; cadena de reloj, de oro, con dobles eslabones, y medallón con áncora de brillantes; sortija con solitario.

PATROCINIO. — Cuarenta y dos años, esposa del anterior; haciéndole juego perfectamente, como pareja de figuras en venta. Bien alimentada, bien vestida, bien alhajada. Carirredonda, de facciones menudas, apenas marcadas; tipo de mujer *flamenca* de Flandes; una diosa de Rubens vestida por Teniers, ó una mujer de Teniers, desnudada por Rubens.

ANTONIO. — Cincuenta y dos años, cocinero de uno de los mejores restaurants de Madrid. Tipo híbrido, con facciones de chino y pelo crespo como los negros; palidez de alcoholismo crónico. Hombre de vida aventurera; fué cocinero en un vapor trasatlántico, dueño de un fondín en Bue-

nos-Aires, etc. Su historia es una historia á lo Otelo, y con ella consiguió enternecer en Madrid á una cocinera de rumbo, gallega, con muy buenos ahorros y mejores relaciones.

VICENTE.—Cuarenta y ocho años, antiguo criado de casas grandes; hoy, dueño de un almacén de antigüedades, en sociedad con un francés; sociedad de mucho crédito y de mucho cuidado, porque aquellos letreros de la tienda, en tres idiomas: Venta de antigüedades, *Vent d'antiquités*, *Sell of antiquities*, no anunciaban, ni con mucho, los innumerables y diversos negocios á que las antigüedades daban pretexto. Gente maliciosa aseguraba que la tienda, como sus dueños, tenía más trastienda que escaparate.

IGNACIA.—Cuarenta años, esposa del anterior. Alta, delgada, seca, mirada penetrante, nariz aguileña, manos huesudas, largas de dedos, atenazados al accionar, rapiñadores.

Todo en ella expresa dominación y superioridad: una Isabel de Inglaterra, con un comercio por imperio, pero con facultades para regir un imperio. Vizcaína de pura raza: en el corazón, culto perpetuo y ferviente por D. Carlos, cuyo retrato al óleo y casi de tamaño natural, ocupa sitio preferente en la casa. Un comprador inglés intentó adquirirlo en cierta ocasión como antigüedad, y tuvo que oir la vizcaína, contestando despreciativa: ¿Antigüedad esto? Sin estrenar que se está: palabras proféticas, que son todo un programa político de actualidad.

CAROLINA.—Diez y nueve años, hija de VICENTE y de IGNACIA. El tipo de su madre espiritualizado; el dominio que su madre ejerce sobre cuanto la rodea, ella lo concentra sobre sí misma, indiferente en apariencia, por los demás. Viste hábito del Carmen; nadie sabe por qué motivo.

LUISA.—Veintiún años, hija de RAMÓN y de PATROCINIO. Graciosa, vivaracha; tipo de la artesana madrileña lindante con la cursi.

MIGUEL.—Veintitrés años. Novio de LUISA. Chulillo madrileño *aseñoritado*. Escribiente de procurador; escribe y representa comedias de aficionados. Viste con gran atildamiento prendas de mucho brillo. Americana de alpaca, sombrero ancho afelpado, pañuelo al cuello de seda roja, botas de charol; todo él parece charolado.

Lo acción, en un *pitter*, por calles y plazas, camino de la Bombilla.

RAMÓN *(arreando)*.—¡He!

PATROCINIO. — Mira, no vayas á matarnos... *(A Ignacia)*. Hace tres días que no salen estos animalitos.

VICENTE.—Y que nó hay otros caballos en Madrid.

RAMÓN.—No son ni su sombra. Este invierno se empeñó en guiarlos la señorita y los ha resabiado.

IGNACIA.—¿Y cómo es que este verano no han salido ustedes?

PATROCINIO.—Déjelo usted, señora, que estamos en la gloria. Este año andan los señores por medio mundo... ¿Dónde están ahora? ¡Qué sé yo! Lejísimos...

RAMÓN *(con suficiencia)*.—En Munich.

IGNACIA.—Se conoce que no están para gastos.

PATROCINIO.—¡Ya ve usted! En Zarauz con el trajín de gente todo el verano y comidas y bailes y expediciones...

LUISA *(bajo á Miguel)*—¡No has pasado, no has pasado!... A esa hora estaba yo en la ventana...

MIGUEL.— ¡Como quieras! A esa hora estaba yo en la calle...

ANTONIO. – Señora Patro... ¿Lleva usted á mano las provisiones? Porque de aquí á casa de Celedonio hay una tiradita y yo voy seco...

PATROCINIO. — Va la cesta muy bien atada... Si quiere usted refrescar ahí tiene usted un puesto de horchata.

ANTONIO.—¡Déjeme usted de confiterías!

PATROCINIO.—No, pues esta noche no hay de qué. Respete usted que no viene su señora... ¿Ha tenido usted noticias?

ANTONIO.—Buenas están; por allí las tenga Dios mucho tiempo.

IGNACIA.—Eso deberían decir ellas de usted. !Buena ganga de marido y

de padre para las pobres! ¿Están en su tierra?

Antonio —Allí están, con la familia.

Ignacia.—Y dando una vuelta á la hacienda. ¡Ande usted! Que si no fuera por su mujer, no tendría usted el día de mañana donde caerse muerto; como todos los hombres.

Vicente *(á Ramón)*.—Parece que se quejan las mujeres

Ignacia. —Ustedes saben ganarlo, pero nada más. Después de ganarlo, lo mismo lo aplican ustedes á bueno que á malo. ¡Si nosotras no lo aplicáramos! ¿Por qué se pierde el Gobierno? Por falta de sacar dinero no será: porque no hay quien lo aplique; pues una casa es como un Gobierno...

Antonio. — Señora Ignacia, deje

usted la política, que eso no es cuestión de faldas...

IGNACIA.—¿Pues qué digo yo? Pantalones que necesita España.

ANTONIO. — ¡Si quien usted dice trae mucha sotana *por cima* de los pantalones y no lucen!

IGNACIA.—¡Mucha religión y mucha decencia, que no hay en España!

ANTONIO *(cantando)*.—Pitita... bonita... con el pío, pío, pon...

PATROCINIO. — ¡Vaya, calle usted con mil diablos! Ahí va una botella...

ANTONIO *(cantando)*.— ¡Viva España!

PATROCINIO. — ¡Qué hombre! No sé por qué le trae Ramón siempre! Ya verá usted cómo nos da la noche...

IGNACIA.—A mí no. Las borrache-

ras que se las aguante su mujer; para eso él aguanta otras cosas.

PATROCINIO.—¡Dígalo usted, señora! ¡Vamos, que lo de irse la madre y la hija, y andar por ahí todo el verano con unos y con otros!

IGNACIA.—Como en Madrid, señora, como en Madrid. ¿No las tenía usted todas las noches de café y de teatro?... ¿De dónde iban á sacar el lujo que llevan? ¡Pendientes de seis mil reales, señora; dígame usted, usted que sabe como yo lo que cuesta ganar un duro!

PATROCINIO.—¿Qué me va usted á decir, señora? Si usted no sabe...

IGNACIA.—Que no oiga mi Carola...

PATROCINIO.—Con el ruido del coche no se oye, y va entretenida con los novios oyendo sus tonterías.

LUISA.—¡Que no has pasado; si no es posible! Si á esa hora estaba yo en el balcón...

MIGUEL.—¡Como quieras! A esa hora estaba yo en la calle...

CAROLINA (*impaciente*).—¡Mujer! Habrá pasado en el rato que yo estuve con mi madre en tu casa...

LUISA.—¡Pero qué tiene que haber pasado! Si es un embustero...

MIGUEL.—¡Pero á qué tenía yo que decir una cosa por otra! ¡Mira que eres!... ¡Hágase usted cargo, Carolina!...

LUISA.—¿Qué va á decir Carolina? Que ya tiene jaqueca de oirnos...

CAROLINA.—Eso no... Tonterías de novios, ya se sabe...

MIGUEL (*galante*).—¿Cómo no tiene usted novio, Carolina? Porque no

querrá usted tenerlo, porque más bonita y simpática que usted...

Carolina.—Pues ahí verá usted; no tengo quien me diga nada, como no sea el novio de alguna amiga, de las flores que sobran...

Miguel.—No son sobras, que usted merece...

Carolina.—No diga usted más... Si lo dice usted de veras, se enfadará Luisa, y si lo dice usted de burla, me enfadaré yo...

Luisa (*picada*).—Hija, tú poco hablas, pero cada palabra es una sentencia...

Ramón (*á Vicente*).—Ya no es la casa lo que era... En vida del señor duque no se reparaba en uno ni en dos; ¡pero ahora!... Descuídate y no andes listo. .

VICENTE.—Y el mejor día dan el trueno gordo; porque ya sabemos que en Madrid hay pocas casas de estas que no estén empeñadas, pero en otra forma y con otro arreglo; aquí corrió ese tunante de D. Melchor con todo... ¡Qué tío! ¡Todo para él! ¡Ya tú ves si yo podía haberme aprovechado de algo...

RAMÓN.—¿No tienes tú dado también algún dinero?

VICENTE.—¡Un mal negocio! ¡Treinta mil pesetas por unos tapices que no los valen... y sin retirar!

ANTONIO (*sin atender á nadie*).—Buen amontillado!... (*Cantando*): ¡Chóquela usted... claro que sí!...

IGNACIA.—¡La madre menos vergüenza! Yo á la hija azotaba, á la madre ahcrcaría.

LUISA.—Podías haber esperado un rato...

MIGUEL.—Si tenía que llevar un escrito y me esperaban para ensayar... ¡Chiquilla, qué función! Ya puedes decirme los billetes que quieres, porque no va á quedar ni uno...

PATROCINIO.—Celedonio ya creerá que no vamos...

RAMÓN.—Si le dimos palabra y no son las diez...

VICENTE.—¿Y qué tal le va con el merendero?

RAMÒN.—Para ir pasando. Él echó ahí todos sus ahorros, porque de casa de los señores salió muy bien: cogió la buena época.

PATROCINIO.—Ya lo creo. Y ahora no le va mal... Aquí viene de todo, y mucho señorío también... porque la

cuestión de comidas es lo de menos... Ahora, que él ha puesto demasiado lujo... ya ve usted, colchas de damasco riquísimas, que da compasión...

IGNACIA.—Y las chicas, ¿están todas en el establecimiento?

PATROCINIO.—No, señora; viven en Madrid con su tía y con mucha decencia; ahora están en Alicante. ¿No lo ha leído usted en *La Correspondencia?* (*Pasa cerca otro coche; saludos, gritos, algazara.*)

RAMÓN.—¿Habéis visto? Martín, el de casa de Castrojeriz... No ha querido parar... Va con toda la *golfería.*

IGNACIA.—Sí, ya hemos visto... ¡Dos mujeronas!

RAMÓN.—De esas de Fornos... Algunas veces las hemos traído aquí con los señores de casa... Pero no sé

cómo Martín anda con esa gente... ¡Y en coche de la casa!...

PATROCINIO.—¡Y con los lacayos! Crea usted, señora, que lo más difícil es ocupar su puesto.

VICENTE.—¿No irán á casa de Celedonio?

IGNACIA.—Entonces no íbamos.

RAMÓN.—No tenga usted cuidado; aunque fueran, no habíamos de alternar... ¡Ohe!



LA VENGANZA DEL COMPADRE



La venganza del compadre.

—

—Lo dicho, y basta y sobra para el que me haya querido entender. Lo que hay es que algunos tienen la lengua muy larga, y tendré yo que decirles dos palabritas á la oreja á ver si así tienen de qué hablar para toda la vida, si es que les queda probabilidad.

—Como estas son cruces, que me caiga redondo aqui mismo si yo delante de Miguel dije ayer nada que fuera con segunda, ni con el aquel de maliciarle. Y eso no es sino que el mismísimo chivato que le fué á él con el cuento, te fué á ti luego con el paripé de que los demás hablamos ó dejamos de hablar, y á ese quisiera yo cogerle aquí ahora, para que viera quién es hombre de verdad y de procedencia.

—No lo dije por ti. Lo dije por alguno que puede que le importe. Si no está presente, como hay muchos que me están oyendo, no faltará quien le entere. Digo yo, porque nunca falta.

—Mira, Joseliyo, no quisiera yo que te quedaras con esa espina, y el

escozor de que alguno de los presentes, máxime si toda la serenata ha sido para mi ventana, le haya ido á zumbar la mosca en la oreja á tu compadre. El que más y el que menos sabemos...

—¿Qué vas á decir?

—Nada, que viene tu compadre, y aquí no se habla más del asunto. Otra ronda, señor Ventura.

A muy buen tiempo quedó cortada la escena, que si por el lugar de la acción, y el carácter y estilo de los interlocutores, apenas era digna de humilde zueco, más de una vez estuvo á punto de levantarse con desenlace sangriento sobre el coturno trágico.

Era lugar mayor de la escena, un pueblecillo de las serranías de Cór-

doba, y menor y particular del interrumpido diálogo, un ventorrillo situado á la entrada del pueblo.

Los personajes eran varios, y al comenzar la escena, todos por igual interesados en ella animaban el diálogo con vivas réplicas; pero como vieron el sesgo del asunto, y como soplaban vientos de pendencia, poco á poco fueron apartándose, y en parejas ó en grupo salieron los más prudentes, y sentáronse lejos los más curiosos. De prudente, no de curioso, que bien quisiera él no entender en nada, sólo permaneció sin moverse, blanco impasible de las indirectas y provocaciones del retador, un bien plantado sujeto, en el color y aspecto agitanado, y en lo socarrón y escurridizo gitano entero. Quien con

él se encaraba era un mocetón bien portado en el trage, y respirando despejo y valentía de toda su persona. Decidido parecía á no dejar la cuestión en el punto indicado, cuando al avisarle de que llegaba su compadre, con sacudimiento repentino mudó actitud y cara como si tales cosas no hubiera dicho.

El anunciado, entró derecho á saludar á los de la disputa, y tomó asiento á la misma mesa. Aparentaba más edad á primera vista de la que, mejor considerado luego, había de suponérsele. El color cetrino, algún mechón de canas que resaltaban doblemente sobre el pelo negrísimo, y más que nada quebranto y dejadez en cuerpo y semblante, le presentaban con apariencias de viejo.

Bebió poco, y habló menos, mal hallado entre tantos que le miraban fijos, con la sorpresa de que sólo su entrada hubiera cortado tan de repente la disputa. Bien sabían todos que Miguel y Joseliyo, amigos de toda la vida y compadres para mayor solidez de su amistad, no podían tener secretos el uno para el otro, y si de aquello lo hacía Joseliyo y cambiaba de conversación al llegar el compadre, esforzándose por reir y bromear con el azorado gitano era... por lo que todos sabían menos Miguel; aunque según el gesto de vinagre con que se entraba como á cosa hecha, sin ganas de charlar ni de beber, algún barrunte debía de traerle desazonado.

—¿Vienes conmigo?,—preguntó á

Joseliyo, como quien invita y espera á que le acompañen.

Púsose el otro en pie dispuesto á seguirle, y pagado el gasto, juntos salieron, dejando á más de uno en la reunión con hormigueo de echar detrás y volver después al ventorro, relacionero ufanoso de noticias frescas. Contentáronse con rodear al gitano para que les enterase mejor de cuanto habian oido á medias; pero el amigo, bien escarmentado, apuró más que deprisa las lagrimillas y escurriduras del vaso en que había bebido hieles durante la pasada crujía, y con muy buen aire tomó soleta sin atender razones, y como iba saliendo les increpaba con desahogo: el que quiera saber, que le pregunte á las ánimas á media noche, y no me trai-

ga á mi en sus cuentos y mal *guindao* me vea yo en día claro, si vuelvo á decir aquí ni la hora que es, ni el tiempo que hace, que por darle gusto á la muy... sois ustedes capaces de traer la perdición de un hombre de bien. Y echó calle abajo desahogado el respiro como quien deja caer un peso muy angustioso.

Mientras, por las afueras ya del pueblo iban los dos compadres mano á mano, hacia el cortijo donde tenía Miguel casa y hacienda.

—¡Ay, Joseliyo, si no tuviera uno con quien desahogar el pecho! Viudo estás y eres joven, y volverás á casarte, porque aunque aquella hija tuya es un consuelo y una compañía muy grande, ya ves, hasta que sea moza y te pueda valer de algo, quién

cuida tu casa y quién la cuida á ella.

Que tú andas siempre de un lado á otro para ganarte la vida, y tienes que dejársela encomendada á cualquiera, y ni á la chica ni á ti os conviene. De modo, que lo mejor que puedes hacer es volver á casarte; pero mira que te lo digo, y es el Evangelio; no te cases como yo sin mirar otra cosa que la presencia y la cara de la mujer; mira que la cara luego que la tienes en casa siempre delante te hartas de mirarla, y ya te parece como el sol, que de verlo todos los días, no reparas en él sino cuando te cae de plano y te quema la sangre, y tienes que desviarte á la sombra para quitarte el sofocón. Pues lo mismito le pasa al marido de la mujer guapa. Y no es lo peor, sino

que todo el mundo tiene que mirarla y hablar de ella; que bien dicen... lo bueno, el primer día para su dueño, y lo demás del año, para el extraño. Ya ves lo que se habló ayer en casa de Ventura.

—Hablar por hablar, ya les dije yo lo que era menester.

—¿Tú?

Se turbó Joseliyo al notar la extrañeza del compadre, pero acudió prontísimo al reparo de su ligereza.

—Yo, sí; de tí nadie tiene que decir nada delante de mí, porque si por alguien me busco yo la ruina, es por tí; bien lo sabes.

Le temblaba la voz al expresarse con tan vehemente afecto. Miguel, por única respuesta, le echó un brazo por encima del hombro, sobre el

cuello, y al sentir la presión cariñosa, Joseliyo doblegó la cabeza, como si el brazo del compadre le rindiera con peso abrumador.

Pensativos subían los dos compadres el altozano por donde iba la senda derechera del cortijo. De improviso, se adelantó Miguel unos pasos, y con un brazo extendido, señaló la puerta de su casa.

—¿Lo ves? Ya está aquella de palique con un hombre. No le conozco desde aquí, ni quiero conocerle. No me importa; si ella no les diese conversación... así luego, tienen todos que hablar. ¿No han de tener? Si esa mujer ha de ser la ruina de mi casa.

No le replicó Joseliyo, cada vez más enfrascado consigo mismo, y en

esto ya se acercaban al cortijo á tiempo que se despedía el que hablaba con la mujer de Miguel.

Al verle de cerca y conocido, paráronse los tres en saludos, mientras la mujer esperaba delante de la puerta bajo el emparrado.

Era ciertamente, la mujer de Miguel, Maria-Pepa, para traerle en cuidado; porque podíase asegurar que donde se presentara había de llevarse los ojos de todos. No era perfecta su hermosura; pero era un gracioso compuesto de imperfecciones. Alta, escurrida de talle y caderas, de encarnadura apretada, sin blandos contornos el cuerpo; su cara era toda mohín picaresco de esfinge burlona, que propusiese graciosa adivinanza con besos por premio y bur-

las por castigo. La expresión de la boca, contradecía enigmática la de los ojos. Cuando la una prometía risueña, los otros negaban severos, y cuando la boca se cerraba á la risa para imponer respeto, la risa juguetona asomaba á los ojos brillantes, burlona como chicuelo travieso, que trepa perseguido, y desde arriba se ríe á mansalva de su perseguidor. Había que ascender á la frente para hallar expresión de quietud en aquella fisonomía movida en continuo oleaje de sensaciones pasajeras. Sólo en la frente parecía aquietarse el espíritu de María Pepa en un pensamiento grave; quizá el secreto enigma de la esfinge burlona. Daba serenidad mayor á la frente, el pelo negro, de lustrosa lisura que sombrea-

ba el rostro aterciopelado, cual maduro pomo, recogido á los lados como las alas corvinas de una paloma negra que durmiese posada sobre la frente serena de María Pepa. Por gala y compostura, traía de ordinario espolvoreado el pelo de una sutil nubecilla de polvos, que sobre la negrura brillante, hacía visos azulados como de uva negra ó jugosa pasa malagueña, y por remate del peinado, un manojillo de flores prendido al desgaire, como brote del campo.

Antes de que hablara, comprendió María Pepa de qué temple venía su marido, y con risa de boca y de ojos le cogió de las manos, y le dijo:

¡Vaya una cara! ¿No tienes otra para cuando vuelves á casa? Pues hijo, aquí no se ha muerto nadie para

traer esa cara de entierro, que yo estoy bien viva y bien alegre.

—¿Qué te decía Quico? Buen rato llevábais de charla.

—¡Ay Jesús! ¿Es eso? Yo creí que no te entraba más que con la luna.

—María Pepa, no lo eches á broma. Mira que estoy muy harto.

—Pues métete los dedos en la boca y desocupa, que toda esa hartura es nada más que asiento. Como te tragas todo lo que te dicen...

- Mujer, no me hagas hablar.

—Vaya, compadre— interrumpió Joseliyo, mediando entre marido y mujer;—María Pepa tiene razón, á tí te han querido meter en cuidado cuatro fulastres de mala entraña, que si á mano viene serán los primeros que hayan venido á tentar el vado;

y como se habrán vuelto como vinieron, andan desazonados y sin saber por dónde mover infierno. Si haces caso de lo que dicen, estás perdido. Hazte cuenta que si fuera verdad no habría un amigo de corazón para venir á decírtelo. No hay que quitarse el sueño por eso, que da miedo verte la cara estos días.

—Si atendieras al que es tu amigo y tu compadre, y no hicieras caso de lo que te dicen cuatro borrachos en la taberna... Ya sabes que todos me tienen envidia y mal querer, porque es una mujer de su casa y sabe arreglarse con lo que tiene, con muchísimo trabajo que me cuesta, sólo que cuatro puercas holgazanas creen que para ir una de limpio se lo tiene que regalar á una el obis-

po: mi marido, que me lo gana con mucha honra, y yo que lo apaño con mucha decencia; eso y nada más que eso.

—Por lo mismo que dicen, y que todos reparan en tí, tienes que andar con más cuidado y no dar que hablar. Te ven de charla con unos y con otros, de broma siempre... ¿qué es tu genio? También yo tengo el mío. Yo no hago caso de lo que dicen; pero cuando veo, sé lo que veo, y sé lo que me toca hacer.

María Pepa, que se disponía á seguir chanceándose de su marido, comprendió por el tono de las últimas palabras que no era ocasión de burlas, y que algo más que habladurías le traía preocupado. Los tres quedaron silenciosos, sin mirarse.

Miguel fué el primero que habló:

—¿No entras á tomar una copa, compadre?

Entraron en la casa, y la conversación tomó giro diverso. Trataron de sus haciendas y negocios. Miguel, del arriendo del cortijo, que vencía aquel año, y dudaba si le convendría renovar, porque el propietario le exigía mayor renta. Joseliyo, corredor de caballos y mulas en ferias y mercados, y renombrado desbravador de potros, de sus ventas y combalaches, que al cabo del año le dejaban un regular provecho. María Pepa entraba y salía sin atender á lo que hablaban los hombres. Largo rato se llevaron los dos compadres departiendo muy gustosos, y como media tarde era pasada y la fuerza del calor decaía, se dispu-

sieron á volver al pueblo, donde los dos tenían atenciones. Las de Miguel tan importantes, que advirtió á su mujer no le esperase á cenar, porque no volvería hasta muy entrada la noche.

No lo extrañó María Pepa, suponiendo que cenaría con Joseliyo, como otras muchas noches cuando éste paraba algunos días en el pueblo, así es que á Joseliyo miró para cerciorarse de que había supuesto bien. Sorprendió Miguel la mirada, y se apresuró á contestar.

—No ceno con éste, ceno con Don Martín, el administrador. Tengo asuntos con él que me interesan, y no quiero dejarle de la mano. Volveré tarde, te acuestas, y no estés con cuidado.

Esta vez, la mirada de María Pepa se clavó en su marido, como si quisiera leerle muy hondo en el pensamiento. Nada de que recelar advirtió en su expresión, y al desviar la mirada con furtivo destello, se cruzó con la de Joseliyo, rápidas las dos, pero clarísimas y prontas en entenderse como un sí ó un no.

Poco después se hallaban en la misma habitación, y los dos solos, María Pepa y Joseliyo. El hombre lloraba abatidísimo. María Pepa cerca, de pie, dominándole, le pasaba una mano por la cabeza, pero no con la suave caricia con que al alisar la cabellera parece como si quisiera aquietar y adormecer el pensamiento. Sus caricias eran nerviosas, duras. Cada pase de la mano levantaba

encrespados los cabellos que atenazados en mechones entre los dedos de María Pepa, presentaban la cabeza como suspendida de ellos, separada del tronco, y á María Pepa como sanguinaria decapitadora.

—No puede ser, María Pepa—gemía el hombre—me iré del pueblo, no volveré á verte en mi vida, cualquier cosa antes de que Miguel lo sepa.

— Pero qué ha de saber. ¡Ay qué hombres! Que estuviera yo así, pero tú...

—Es que yo no sé qué alma tienes. Es que tú no me quieres creer. Piensas que me he cansado de ti, que busco un pretexto para dejarte, y por eso te digo que Miguel sospecha de nosotros, créelo ó no lo creas,

Miguel no es el mismo conmigo; con mirarle sé yo lo que piensa, y desde que ha vuelto, vamos, cada vez que me mira quisiera caerme muerto allí mismo, y que me tragara la tierra.

—¿Pero le han hablado de ti por si acaso? El anda celoso, como siempre, ¿pero de tí? Para que veas: anoche mismo, que vino muy soliviantado con los cuentos de casa de Ventura, y se encerró conmigo y se puso como loco á voces y á golpes...

—¿Te pegó?

—¿A mí? Con los trastos y las paredes. No ha nacido el hombre que ponga la mano encima á la hija de mi madre. Pues estaba él así de esta conformidad, como te digo, que si yo era una tal, y que si él no hacía cuál

papel ó cuál otro; que si yo tenía un querido, y él sabía quién era...

—¿Y tú?

—Yo muy serena,—le dije—¿Vamos á ver quién es ese hombre, que quiero conocerle?

—¡Ay, María Pepa, qué alma!

—Verás. El seguía gritando que sabía muy bien quién era, y que había de amanecer cosido á puñaladas debajo de mis ventanas para que yo lo viese, y yo, atiende esto Joseliyo, pues vaya, le dije, por si no te han enterado bien, te lo voy á decir, que quiero ver esa tragedia de muertes desde mi ventana, que eso valemos las reales mozas.

—¿Y qué nombre le dijiste?

—El tuyo.

—¡María Pepa!

—Lo ves como no tienes corazón. ¿Sabes lo que dijo? ¿Ese? Aunque lo viera no lo creería.

—¿Eso te dijo? ¿Que no lo creería? Es verdad, así, así debía ser. ¡Válgame Dios que todos los hombres han de tener una hora mala!

—Pues por mí no has de tenerla, que yo no ato á nadie. No vuelvas á verme. Te metes á ermitaño, y te estás rezando toda tu vida para que Dios te perdone.

—¡Rezar yo! si á mí no me perdona Dios.

—Si es tan bueno, á todos nos perdonará, y pecado más pecado menos, yo no tengo más que el de quererte; y lo que es gloria sin tí no la quiero. Conque donde tú vayas iremos los dos. Para eso le rezo yo á mi Virgen

del Carmen todos los días; para eso y para que nos quite de angustias, y pueda yo tenerte así siempre, siempre.

Y atrayéndole junto á su boca le besaba con ansia.

Embotado el sentido en la intensa sensación de sus caricias, ni vieron ni oyeron á Miguel llegar hasta ellos. Rugiente como fiera á zarpazos, á golpes, los separó iracundo, terrible. Joseliyo quedó de pie anonadado. Maria Pepa cayó al suelo, y fué arrastrándose incorporada hacia su amante, implorándole con espantados ojcs amparo y defensa. Pero Joseliyo no daba señales de apercibirse á la lucha; esperaba el castigo inmóvil, clavada la vista en el suelo que le faltaba bajo las plantas, como

cortado ante ellas en vertiente de despeñadero.

Miguel apretaba en la mano derecha una pistolilla; pero no amenazaba con ella. Suspenso, estuvo un rato dando lugar á María Pepa de recobrarse y hacerse cargo de la difícil situación. Por fin, como quien piensa mucho lo que dice, con espantosa serenidad, se fué hacia su compadre, y encarándose enérgico con él:

—Compadre—dijo—yo sé hacerme cargo de las cosas, y estoy al cabo de todo, y no es cosa que por una mala hembra se pierdan dos hombres. Ni tú ni yo tenemos la culpa, que yo sé lo que son hombres y lo que son mujeres, y cuando ellas no dan pie, no hay hombre que se atreva á la mujer de un amigo. Pero, compadre, cuan-

do uno se divierte con una mujer, hay que pagarlo, que he dejado de ser marido de esta mujer, y aquí estoy para cobrarla los intereses.

Joseliyo no se daba cuenta de lo que oia. Miguel se había vuelto loco. Impulso sintió de abrazarse á él llorando, compadecido de su desdicha, pidiéndole que le matara por haberle traido á ella; pero el aplomo de Miguel le confundía.

—A pagar, compadre - le repitió apuntándole esta vez con la pistola, ó de aquí no se sale.

Joseliyo sintió sofoco de ira. ¿Era posible aquello? Y decidido á todo, como quien devuelve un insulto, como quien abofetea, arrojó un bolso á los pies de Miguel; por el suelo se desparramaron las monedas.

—¿Es eso lo que quieres?

—¿Qué te has creido? Para una mala mujer como ésta hay bastante con esto. Y recogió á sus pies una moneda de dos pesetas. Ahora guarda lo demás, y vete con Dios, compadre, y le cogió una mano y salió á despedirle.

Joseliyo no se resistió, seguro de que Miguel se había vuelto loco.

—Ahora tú, que también tenemos nuestra cuenta.

María Pepa tembló; pero antes de que pudiera prevenirlo ni defenderse, la enlazó Miguel por el cuerpo, la derribó á tierra, y poniéndole una rodilla sobre el pecho, impidiéndola todo movimiento, sacó una navaja, y de un solo tajo limpio, seguro, la recortó el labio superior, que arrojó

contra el suelo como una piltrafa, salpicando la pared de sangre.

—Para que te rías sin ganas toda tu vida.

Y salió de la habitación, dejando á María Pepa sin sentido bañada en sangre.

*
* *

Había pasado mucho tiempo y todavía al sentarse á comer y á cenar uno frente á otro, Miguel sacaba del bolsillo la moneda, y sin decir palabra, la ponía delante del plato de su mujer. María Pepa, desfigurado el rostro con horrible mueca de risa, como si asomara su calavera burlona bajo la carne viva, estremecíase de piés á cabeza; no al mirar, que no

alzaba los ojos del plato por no verla, al golpe solo de la moneda sobre la mesa, y en cada bocado de sus tristes comidas parecía como si la moneda con sabor amarguísimo se la atravesara en la garganta.



VÍRGENES LOCAS



VÍRGENES LOCAS

—

Escenas de la vida moderna.

En casa de los marqueses de Castrojeriz. Gabinete al estilo de Luis XV. (En el **argot** *familiar,* **la salita de música**.*) Un gran piano de cola y al lado un arpa (sello de Erard) justifican el mote. Decorado artístico sin tasación posible: en apariencia sencillo y fácil de copiar á poco coste; examinado con atención,*

raro y costoso; de un conjunto sin disonancia, logrado en suma de exquisitos detalles. Cortinajes de seda antigua, azul desvahido en rosa pálido, con ramos de rosas blancas diminutas. Silloncitos de madera blanca con filetes de oro y asientos de rejilla, también blancos, y sobre ellos almohadones sueltos, de igual tela y color que los cortinajes. Sobre una gran chimenea de mármol, espejo con marco de talla dorado á fuego, reloj y candelabros de bronce y porcelana de Sèvres. Pantalla de chimenea y paravent, de cartones pintados, con imitaciones ó copias de Watteau. Una vitrina con figurillas, tazas, tabaqueras y miniaturas antiguas. En las paredes, grabados en madera; un retrato de niña, al pastel, de mano y firma de maestro, y dos ó tres cuadros, también al pastel, por el asunto y la ejecución, de mano aficionada y femenina, pero con buen maestro.

ESCENA PRIMERA

PERSONAJE: PEPITA CASTROJERIZ, diez y nueve años. Nerviosa, fina como galguito inglés. Movilidad incesante de todo el cuerpo, que contrasta con la frialdad inexpresiva de la fisonomía: como en descoyuntado clown, de rostro rígido, bajo la espesa masa de albayalde. La boca rasgada, de labios finísimos, apretados, que marcan una sola línea roja en la cara pálida, y el pelo, rubio cenizoso, crespo y levantado en atrevido mechón sobre la frente, dan exactitud á la comparación *clownèsca.*

Viste con aristocrática soltura traje que, con ser riquísimo (y así parecería, llevado con otro empaque), en ella solo parece gracioso, lindo,

encargado sin elección, entre otros muchos (cuando había costado más de dos mil francos entre modista, cartas, aduanas y envío de ida y vuelta á París su media docena de veces). Un modelo de *Mme. Niçaud* para comida íntima. Blanco, de muselina de seda, adornado con encajes de Irlanda de un color marfileño que amortigua la blancura chillona de la seda, con suave patina. Las mangas, larguísimas, caen hasta media mano y ciñen ajustadas los brazos, que parecen alargados en líneas inflexibles con majestad hierática. Sobre los hombros, la seda se abre plegada en graciosos abanicos, como alas juveniles, atrevidas, que protestan abiertas de la rigidez fría, solemne, de los brazos. Y en Pepita parece mayor la

protesta: aquellas mangas á lo *rica-hembra*, oprimen sus bracitos nerviosos de *clown* descoyuntado. Se adivina que Pepita, si no un vuelo, daría por lo menos un salto mortal.

Anochece, y Pepita concluye de vestirse para la comida: ha pasado de su tocador á la *salita de música*, porque nadie como ella sabe buscar fondo adecuado á un traje. Sentada al piano, repasa una canción francesa, una canción del siglo XVIII, *marivaudage* expresivo de sentimientos amorosos abullonados, como hueca falda á lo Pompadour.

La armonía rebuscada por Pepita con artificiosa evocación, aquieta su pensamiento y sus nervios, más que nunca excitados.

Por los balcones del gabinete

(abiertos á un jardín húmedo, sombrío; murado por las casas contiguas al palacio de los Castrojeriz) penetra la luz crepuscular, amarillenta, al través del follaje de unos altísimos y frondosos castaños de Indias. Los cortinajes apagan con pliegues de sombra los últimos alientos de la luz mortecina, reflejada sobre la seda brillante de colores tenues. La antigua canción, suspira amores de otros tiempos, y Pepita prolonga en aquel anochecer lento, armonioso, á su alrededor, un anochecer de su alma, en que algo íntimo y profundo de su alma debía alejarse de ella para siempre. Quería suspender su pensamiento, adormecerle, para dulcificar la despedida inevitable.

—¿Cómo pudo ser? Pepita repasa en su memoria, y al recordar una por una las circunstancias que á tan difícil situación la han traído como extraña á ella las considera y como si atendiese relato confidencial de amiga íntima, antes curiosa que apenada, se pregunta á sí misma:

—¿Cómo pudo ser? ¿Cómo sin pensar nunca en amarse, sin poder pensarlo, Federico y ella se amaban? ¡Se amaban! No había palabra ni afecto, capaces de ocultar el verdadero afecto que los unía. Pero, ¿cómo pudo nacer aquel amor? ¿Cuándo pensaron en amarse?

Pepita no comprendía que existe una voluntad inconsciente: un querer lo que no se quiere, y esa voluntad *exterior*, labra fuera de nosotros

y de improviso levanta ante nuestra vista la viva imagen de nuestras acciones, desconocida, odiosa, como de hijo adulterino que nació en nuestra casa sin ser hijo nuestro.

Se querían... sin querer, como dicen los chicos por disculpa, cuando acaba el reir de los juegos por llorar á los golpes de veras. Sin querer hacerse daño, sí; pero sin querer jugar, no.

Por juego prefería Pepita la amistad de Federico. La conversación con él era más divertida que con ningún otro. Por lo mismo que era casado, Pepita le hablaba con mayor libertad. La conversación con los muchachos era muy aburrida. Candidatos probables á maridos, al hablar con una muchacha, parecían temerosos de

comprometerse con una frase demasiado expresiva, con una confidencia demasiado íntima. Todos pensaban: cuidadito, que puedo caer.

Las muchachas, por su parte, aún más temerosas que ellos por distinto motivo, parecen en actitud defensiva, desconfiadas; todas piensan: cuidadito que puede no caer.

Pepita, de carácter expansivo hasta el descaro; curiosa observadora del mundo, con ansia de saber y de pensar por sí; Eva espiritual, mordedora golosa, no del fruto de la sabiduría, pero sí de la sabiduría del fruto, detestaba aparentar circunspección de niña casadera. Quería saber á qué sabía todo, el bien y el mal, y con Federico podía arriesgarse en confidencias escabrosas.

Daba pretexto y ocasión para ellas todo género de sport; la bicicleta, los patines, guiar un *tandem*, tirar al blanco.

La mujer de Federico, mimosa, delicada, flor de invernadero; como otras mujeres, vestidas, ella siempre enferma á la última moda, con neurastenia por aquella temporada, era una verdadera mujer de lujo, de harem ó de gineceo, y Federico, halagado por el contraste, hallaba en Pepita un camarada encantador, juvenil, intrépido, con quien podía hablar de todo mientras guiaba cuatro caballos sin domar.

Federico no sabía prescindir de Pepita; era su compañera de pescante en el *mail coach*, su compañera de puesto en las cacerias. En las comi-

das y recepciones, siempre juntos, departían en animado diálogo, que á ratos parecía de cocheros, á ratos de cazadores, pero siempre terminaba en amoroso tema.

Al principio nadie extrañó la intimidad de Federico y de Pepita. ¿Qué tenía de particular? Se conocían desde niños, eran de la misma clase, tenían las mismas aficiones; además, él casado y ella soltera... ¿quién podía pensar mal? Pero bien pronto notaron ellos mismos que la gente les dejaba mayor espacio, material y moral: ese espacio que las personas de buena sociedad marcan con discreción alrededor de dos amantes: islas del amor, fáciles de descubrir en cualquier salón á poca geografía social que se sepa.

Pronto empezaron las habladurías: los muchachos, pretendientes al amor de Pepita, retiraban sus candidaturas.

Una noche, en un baile, preguntó una amiga á Pepita: ¿pero tan enferma está la mujer de Federico? Un literato insolente insinuó con malicia: usted, que tan aficionado es al *modernismo*, ¿no ha leído usted las *Demi-vierges*, de Prevost? Los marqueses de Castrojeriz, padres de Pepita, fueron los últimos en enterarse, y aunque nada reprochable vieron en la conducta de su hija, por *el buen parecer* acordaron que aquello no podía continuar.

¡No podía continuar! Bien lo comprendía Pepita. Pero entonces comprendió cuán hondo era el daño,

como era imposible romper la intimidad con Federico.

La vida de ambos era un conjunto de frívolos pasatiempos, de pequeñeces insustanciales, pero en cada una de ellas iba unido algo de su pensamiento, de su vida, y eslabonado con soldadura misteriosa, era su vida entera.

Pepita fingió (á poca costa) una enfermedad para retrasar la explicación necesaria.

Llegó el día. Federico la escuchó y la facilitó por su parte. Todo eran habladurías. Su mujer había recibido anónimos: estaba celosa, insoportable...—¿Has visto, Pepita, has visto qué gente? ¡Qué gente!

—¡Pero sí tienen razón!—exclamó Federico de pronto.—¡Si no puedo vivir sin ti!

—¡Y sin ti, yo tampoco! ¿Cómo es esto, Dios mío, cómo es esto?... Tú eres hombre. ¿Qué me aconsejas?

—Cásate.

Y Federico se despidió de Pepita.

Aquella palabra fué el atormentador de Pepita en muchos días de inquietud, en muchas noches sin sueño. ¡Cásate! ¿Era un consejo de arrepentimiento ó de esperanza? ¿Un muro levantado entre los dos para siempre... ó puerta franca á sus amores..? ¡Cásate! Sí, se casaría.

Por eso estrenaba un vestido Pepita en aquella comida, por eso repasaba una canción francesa, por eso al proolngar en el anochecer á su alrededor un anochecer de su alma, con el último aliento desmayado de la luz crepuscular, penetraba en su alma

por resquicios del pensamiento la luz trémula, indecisa, de una esperanza pecadora.

Y al sentir el corazón acariciado por aquella esperanza, lloraba con indecible tristeza. ¡Pobre virgen loca, que dejó apagar la luz de la lámpara antes de que llegara el esposo!

Así termina la escena primera.



MATERNIDAD



MATERNIDAD

—

LUISA, veintidos años. — ISABEL, treinta.

LUISA.—¿De compras?

ISABEL. — Sí. El pan nuestro de cada día: el pan que traen los hijos debajo del brazo, según dicen... Un vestido para el ama. A ver, ¿qué te parece? Mira...

LUISA.—Muy bueno, ya lo creo... Es un merino riquísimo... doble de ancho... ¿La vistes de pasiega?

ISABEL.—Sí, entró con esa condición. Es vizcaína, pero como el traje de pasiega es más caro... Hay que agradecer que no sea moda vestirlas de sultanas... Pues lo de menos es la tela, luego eche usted botones y collares... ¡Y comer!

LUISA.—Sí, no me digas. Yo lo veo en casa de mi hermana. Por eso yo haré todo lo posible por criar á mi hijo, y mi pena mayor sería no poder criar.

ISABEL.—Sí, es una pena... Yo crié al primero y empecé á criar al segundo...

LUISA.—Y de seguro has sentido no criar á éste...

ISABEL.—Sí, lo he sentido; pero sintiéndolo y todo, te aconsejo que no críes.

LUISA.—¡No me lo digas! Soy fuerte, no creo que me perjudique.

ISABEL.—La salud es lo de menos. Nunca me he encontrado mejor que cuando criaba.

LUISA.—¿Entonces? ¿Qué es mucha sujeción, que por fuerza ha de privarse una de teatros, de diversiones? ¡Si vieras qué poco me importa!

ISABEL.—Lo supongo... Pero tampoco es eso.

LUISA.—Explícate.

ISABEL.—Mira; cuando yo criaba á mis hijos y con una niñerita modesta que los llevaba en brazos salía con ellos á paseo, al pasar entre dos filas de nodrizas, insultantes de lujo, recar-

gadas con galones de oro y cadenas de plata; al considerarme objeto de sus burlas groseras, despique del despecho, porque yo era para ellas una emancipada de su tiranía insufrible... ¡si vieras qué orgullosa me sentía! ¡Única madre en aquella huelga de madres! No comprendía cómo por comodidad ó por lujo hubiera mujeres que se resistieran á cumplir deber tan bien recompensado con sólo cumplirlo... Ahora lo comprendo... Yo cumplía con los deberes de la maternidad, pero... huelga de madres ó huelga de esposas, he aquí el problema. ¿Has comprendido?

LUISA.—Comprendo que si tú cumplías con tu deber, alguien faltaba al suyo... ¡Pero es infame!...

ISABEL.—Eso dije yo, infame, por-

que entonces nos han engañado... ¡La santa maternidad! Y mientras tú aceptas sus deberes como un sacerdocio, tu marido...

LUISA.—¡Ay! En ese sacerdocio tu marido no puede decir misa, ni siquiera ayudar á ella.

ISABEL.—Pero á lo menos podía oirla con respeto. ¿Qué dirían los hombres si en una enfermedad, en una ausencia suya, siguiéramos su ejemplo?

LUISA.—A ellos todo les disculpa.

ISABEL.—Tienes razón, todo... Yo quise separarme de él para siempre, y todo el mundo se burló de mí. ¡Separarme por una pequeñez!... ¡Por lo más natural del mundo!... ¡Por un pecadillo que todos los maridos come-

ten y todas las mujeres toleran!... Mi familia estaba escandalizada; mi madre misma; el antiguo médico de casa se hartó de llamarme ignorante, porque no me conformaba con lo que, según él, era ley de la Naturaleza... ¿Qué más? El confesor sólo pudo decirme: ¿Qué quieres, hija mía? Si tu esposo viniera por aquí, yo le diría más de cuatro cosas; á tí, sólo debo decirte que perdones... ¡Ah! Nos engañan miserablemente... Antes de casarnos debían enseñarnos esas leyes naturales de que hablaba el doctor, y al casarnos, debían leer dos epístolas diferentes: una para los hombres, otra para nosotras, ya que no reza la misma con ellos que con nosotras...

LUISA.—¡Vaya, cálmate! Ya sabes á qué atenerte... y yo también.

Isabel.—Ya lo sabes. No cries á tus hijos. Un ama no puede robarte su cariño; cualquier mujer puede robarte el cariño de tu esposo. Que no quede por tí... Los hombres lo quieren. ¡Huelga de madres!



OBRAS DEL MISMO AUTOR

Teatro fantástico.
Versos.
Cartas de mujeres.
Figulinas.

Teatro.

El nido ajeno, 3 actos.
Gente conocida, 4 íd.
El marido de la Téllez, 1 íd.
De alivio (monólogo).
Don Juan (traducción de Molière), 5 íd.
La Farándula, 2 íd.
La comida de las fieras, 4 íd.
Teatro feminista, 1 íd.
Cuento de amor (refundición de Shakespeare), 3 íd.
Operación quirúrgica, 1 íd.
Despedida cruel, 1 íd.
La gata de Angora, 4 íd.
Viaje de instrucción, 1 íd.



50 céntimos.